



César Peña

LA VENUS DEL ESPEJO

Drama en cuatro actos

j

La Venus del Espejo
(Drama en cuatro actos)

César Peña

Fuente:

Grupo Libertario Pensamiento Crítico

Maquetación actual:

Demófilo, 2020

*Libros Libres
para una Cultura Libre*



Licencia no comercial



Biblioteca Omegalfa

2020

Ω

“Si en nada creemos, ni nada tiene sentido y ningún valor podemos afirmar, entonces cualquier cosa es posible y nada tiene importancia alguna. El asesino no es justo ni injusto. La maldad y la virtud se reducen a la suerte o al capricho.»

Albert Camus

«No nací para compartir el odio, sino el amor.»
Sófocles, *Antígona*

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

MUJER 1

HOMBRE

MUJER 2

MUJER 3

ENCHUFADO

JEFE

MUJER 4

MUJER 5 (Sindicalista)

MUJER 6

MUJER 7

MUJER 8

MUJER 9

MUJER 10

ACTO PRIMERO

El escenario tiene varios espacios que se definen en cada momento por la iluminación, encendiéndose y apagándose. En este acto, al subir el telón, la luz ilumina la parte izquierda del escenario, desde el punto de vista del espectador. Se ve un espejo de cuerpo entero y una cama con dos mesitas de noche. En la cama están acostados un hombre y una mujer. Él a la izquierda y ella a la derecha. Los dos representan la misma edad, unos 40 años. HOMBRE está dormido, MUJER 1 da vueltas, se remueve inquieta. Suena el despertador en dos ocasiones y ninguno de los dos reacciona. La tercera vez que suena HOMBRE se despierta.

HOMBRE.—¡Apaga de una puta vez el maldito reloj! ¡Hostias! ¿Es que estás sorda, joder? Tiene huevos la cosa.

(MUJER 1 lo apaga.)

MUJER 1.—¡Vaya modales! Podrías ser más amable y decirme: «Querida, por favor, ¿te importaría apagar el puto reloj?». Eso rozaría la perfección pero, claro, es un suceso imposible para ti. No se le pueden pedir peras al olmo.

HOMBRE.—No me jodas ahora con chorradas y déjame dormir, por favor, no pido tanto.

MUJER 1.—¡Por mí como si no te despiertas, gilipollas! ¡Grosero!

(HOMBRE sigue durmiendo. MUJER 1 se cruza de brazos en la cama, recostada sobre el cabecero. Le mira con tristeza y rabia. Después de unos segundos, se levanta, se calza, se estira el camisón, se acerca al espejo y se mira de frente, de perfil y de espaldas. Se palpa el cuerpo, estrujando los muslos, los brazos y el vientre.)

MUJER 1.—¡Soy repulsiva! Estoy gorda. Cada día es peor. No me extraña que él ni me mire ni me toque. Ya no le gusto. Si perdiera unos kilos, seguro que se sentiría más atraído por mí. Pero no hay forma de adelgazar. Parezco un globo hinchado. Cualquier día de estos explotaré y al menos se acabará todo, habré dejado de sufrir. No me soporto... *(Se toca el pelo y se estira el camisón.)* No voy a dramatizar, solo tengo que hacer las cosas bien, hacer la dieta y pronto veré resultados... Me engaño. Esto es lo que me digo todos los días y al final algo superior a mis fuerzas me hace romper el plan y comer más de lo que he planificado. La consecuencia es palpable: soy una gorda repugnante. No me soporto ni me soportan los demás... Seguro que a mis espaldas se ríen de mí. No es de extrañar, doy asco... No quiero atormentarme más, es peor. Voy a hacer café y a relajarme un poco.

(MUJER 1 abandona la habitación y se va a la cocina, que se ilumina. Está compuesta por una encimera con unos fuegos, un frigorífico, un armario, una mesa y dos sillas. Se atenúa la luz de la habitación sin apagarse del todo. Prepara café con una cafetera clásica que pone al fuego, espera a que suba, se sirve café en una taza y se sienta a la mesa. Ensimismada mira al vacío.)

MUJER 1.—Esto no es vida. Quizá lo es, pero no tiene sentido, y si lo tiene yo no lo veo. Me cuesta levantarme por las mañanas, moverme, hacer las cosas de la casa, hacer la compra, ir a trabajar. Cada tarea que emprendo se convierte en un suplicio insoportable. Me siento sin fuerzas para seguir adelante. Muchas veces pienso que estaría mejor muerta; así por lo menos él se encontraría más a gusto. Soy una carga para él.

(Llora. Se tapa la cara con las manos. HOMBRE se mueve en la cama ruidosamente, bosteza. Ella le oye, se seca las lágrimas y mira en dirección a la habitación, luego bebe café.)

HOMBRE.—¿Qué hora es?

MUJER 1.—¡Las siete y media!

HOMBRE.—Estoy molido. (Con sorna.) ¿Has hecho café, querida?

MUJER 1.—(En el mismo tono.) Sí, querido.

(HOMBRE se levanta de la cama, se pone los pantalones, se calza, va a la cocina y se sienta a la mesa.)

HOMBRE.—¿Qué hay para desayunar?

MUJER 1.—Café.

HOMBRE.—¿Nada más?

MUJER 1.—Sí.

HOMBRE.—¡Vaya mierda de desayuno!

MUJER 1.—Ayer no tuve tiempo de hacer la compra.

(HOMBRE se sirve una taza de café y se vuelve a sentar.)

HOMBRE.—¿Tenías reunión de mujeres?

MUJER 1.—¿Te molesta que las mujeres luchemos por nuestros derechos?

HOMBRE.—Ya estamos con las preguntas inteligentes de todos los días. Te repites como el ajo.

MUJER 1.—¿Entonces a qué viene tu pregunta y el tono irónico? Si nos reunimos es porque lo vemos necesario y porque nos da la gana. ¿Te parece bien mi respuesta?

HOMBRE.—No entiendo para qué os sirve tanta reunión. Podríais hacer un partido político y presentaros a las elecciones. ¡Viva el partido de las mujeres oprimidas! *(Se ríe.)*

MUJER 1.—¡Eso es asunto nuestro! Haremos lo que creamos conveniente. Tu consejo sobra.

HOMBRE.—No hacéis más que hablar y hablar sin llegar a ningún sitio.

MUJER 1.—¡Evidentemente! En eso tienes mucha razón. Así nos va. Deberíamos hablar menos y hacer más... Pero ¿qué haces tú para mejorar el mundo?

HOMBRE.—¿Es una pregunta trampa? ¿Te has levantado sutil?

MUJER 1.—En absoluto. Eres sindicalista y perteneces a un partido de izquierdas, ¿no? Eso supone cierta responsabilidad política, ¿no crees?

HOMBRE.—¿Y qué?

MUJER 1.—Dices que nosotras, las mujeres organizadas, no hacemos más que hablar pero ¿qué hacéis la casta consciente, de pensamiento elevado?

HOMBRE.—Las personas que componemos el sindicato y el partido tenemos nuestras tareas, nuestra lucha.

MUJER 1.—¿A lo que hacéis lo llamas lucha? Es una buena forma de definir la desidia, el apoltronamiento y la falta de ideas.

HOMBRE.—¡Tú qué sabrás de política y de lucha! Estás hablando de algo que desconoces.

MUJER 1.—Yo sé de derechos y libertades. Sé de trabajo precario y de paro, es lo que he vivido hasta ahora... Como ves, sé de muchas cosas.

HOMBRE.—¡A mí qué me cuentas! ¡Haz lo que tengas que hacer! No me castigues tan temprano, que todavía me queda por sufrir una dura jornada.

MUJER 1.—Hago, desde luego, lo que creo que debo hacer.

HOMBRE.—(*Se ríe de ella.*) Sí, Sí.

MUJER 1.—¿De qué te ríes? ¿Es que he dicho algo gra-

cioso? ¿O es que eres tan idiota que te ríes sin motivo?

HOMBRE.—Será eso. No me río de nada. Dejémoslo. No quiero peleas a estas horas.

MUJER 1.—No, no lo dejes. Dime lo que me tengas que decir, soy una mujer adulta y puedo soportar tus críticas despectivas.

HOMBRE.—No sé qué puede aportar a la Revolución una reunión semanal de un grupo de mujeres frustradas e ignorantes

MUJER 1.—Sí, es cierto. Estamos frustradas y somos unas ignorantes y nos reunimos porque tenemos que hablar de los problemas que nos preocupan.

HOMBRE.—(*Se vuelve a reír de ella.*) ¡Qué proclama tan elevada!

MUJER 1.—¡Ríete todo lo que quieras!... Precisamente uno de esos problemas que tanto nos preocupan y sobre los que reflexionamos todas las semanas sois vosotros, los hombres.

HOMBRE.—¡Vaya! Ya salió el tema universal por excelencia.

MUJER 1.—Si está tan presente en nuestras mentes será por algo.

HOMBRE.— ¿Los hombres somos el problema más acuciante de las mujeres? Eso es una simpleza.

MUJER 1.—El machismo y la opresión patriarcal es un

grave problema para nosotras que nos impide crecer y cuestionarnos otras cosas.

HOMBRE.—Si lo tienes tan claro y los hombres os oprimimos, que yo sepa soy un hombre, por tanto no sé qué haces aquí, viviendo conmigo.

MUJER 1.—Tal vez llegue un día en que acumulemos las fuerzas suficientes como para no someternos ni a vuestra voluntad ni a la de nadie.

HOMBRE.—(Se ríe.) ¡Qué miedo me das!

MUJER 1.—Todo llega, al menos eso es lo que dicen. Quizá un día me canse de aguantarte, más pronto que tarde, y te mande a la mierda de un vez por todas.

HOMBRE.—Siempre estás con amenazas. El movimiento se demuestra andando. Menos hablar y más hacer.

MUJER 1.—¿Yo amenazo?

HOMBRE.—¡Sí!

MUJER 1.—A lo mejor estoy harta de todo y sobre todo de ti y de tu chulería barriobajera

HOMBRE.—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. En vez de amenazar tanto, échale valor y actúa. Es lo que quieres, ¿no?

MUJER 1.—¡Eres un bocazas! Te crees muy listo y me consideras inferior a ti pero eres vulnerable como cualquier persona. Tal vez yo no te importo y por eso me tratas así...
(Llora.)

HOMBRE.—¿Qué dices! ¿Yo soy un chulo? Esa acusación es nueva. ¿Yo te desprecio? ¡Venga! No hagamos un drama de un comentario trivial.

MUJER 1.—¿Quieres que me vaya? ¿Es eso? ¿Sobro en tu vida?

HOMBRE.—De mi boca no ha salido ninguna de esas palabras, que yo sepa.

MUJER 1.—Disfrutas haciéndome daño.

HOMBRE.—¿Ahora te toca ir de víctima? ¡Eres increíble! Todo un prodigio de interpretación.

MUJER 1.—¡Cabrón!

HOMBRE.—¡Estoy harto de tus gilipolleces feministas y de tus continuas quejas! Si no quieres estar conmigo, déjame y se acabó la historia.

(MUJER 1 llora. Ninguno de los dos habla durante unos segundos.)

MUJER 1.—¿Me quieres?

HOMBRE.—¿A santo de qué viene esa pregunta ahora? ¿No puedo tomarme el puñetero café con tranquilidad?

MUJER 1.—No es tan difícil responder ¿Me quieres o no me quieres?

HOMBRE.—Estás trastornada. Deberías visitar a un experto, necesitas ayuda profesional.

MUJER 1.—¿No puedes responderme? Es una pregunta muy sencilla. Solo tienes que decir sí o no, nada más.

HOMBRE.—¡Olvídame de una vez!

MUJER 1.—¿Qué soy para ti? ¿Qué compartimos? ¿Qué nos une?

HOMBRE.—¡No te soporto! Me voy a trabajar, así de paso hago algo útil. Contigo la vida es un infierno.

(HOMBRE abandona la cocina, vuelve a la habitación y termina de vestirse. MUJER 1 sigue sentada con la taza de café entre las manos. Llorando. Una vez que HOMBRE se ha vestido, coge una bandera roja, la enrolla y entra en la cocina.)

HOMBRE.—Me voy.

MUJER 1.—*(Se seca las lágrimas con disimulo.)* ¿Vas a venir a comer?

HOMBRE.—*(Con frialdad.)* No. Acabará tarde. Después del trabajo voy a una manifestación del sindicato.

MUJER 1.—¡Ah!

(MUJER 1 se levanta, recoge las tazas y las deja en la encimera. HOMBRE se marcha.)

HOMBRE.—¡Hasta Luego!

MUJER 1.—¡Hasta luego! *(Se sienta y rompe a llorar intensamente.)* No valgo nada. *(Balbucea.)* No me merezco ni

un beso de despedida, ni una caricia. Ni le gusto ni me quiere. Cualquier día me dejará. ¡Qué voy a hacer sin él! Si estuviera delgada seguro que sería diferente. Si fuera hermosa me trataría bien, me querría; pero qué puedo ofrecerle. Y él, ¿qué puede ofrecerme a mí? Siempre me he enamorado de lo peor de la fauna masculina... Debería ser más racional y guiarme con la cabeza, el corazón no sirve más que para bombear sangre, el amor es una mentira más de las muchas que nos cuentan y nos creemos, pero no existe... Soy un desastre en mi vida sentimental. Me siento vacía, abatida, derrotada.

(Se levanta nerviosa, agitada. Abre un armario de la cocina y saca comida que deposita sobre la mesa. A continuación se la come compulsivamente, con rabia, llorando. Come con las manos. Mezcla alimentos, mancha su ropa, se atraganta. Traga sin parar. La escena es grotesca, repugnante. Babea, escupe comida. Mientras come gruñe como un animal. Se detiene y se sitúa frente al espejo.)

¿Qué he hecho?

(Corre al WC, que se ilumina en ese momento en el extremo derecho del escenario. Está compuesto por una taza, un lavabo y un espejo pequeño. Se pone de rodillas ante la taza y vomita varias veces. Se mira en el espejo y se lava la cara. Después camina sonámbula hacia la cocina.)

Juré que no lo haría más. Lo juré, me lo prometí a mí misma... Otro fracaso más. Es como si me encaminara hacia el borde de un precipicio sin que nada pueda detenerme. Sé que voy a caer, que si llego hasta el final caeré al vacío. Aún así mis piernas me conducen hacia allí como si ese

fuera mi destino fatal... La idea de morir no me resulta desagradable. Hace muchos años que la acaricio como una salida a esta tortura diaria que es vivir, siendo mujer. Delante de los demás soy capaz de ocultar el profundo dolor que me domina, pero sin la presión del ocultamiento me desnudo ante mí misma y no encuentro nada de valor en lo que apoyarme para seguir existiendo un día más... Sin embargo ni para matarme sirvo. Lo planifico y ahí me quedo. Pienso en escribirle una carta de despedida para explicarle que nuestra relación carece de valor. Él será el culpable de mi muerte... Me engaño, él no es culpable de nada. Soy yo la que falla, la que está fuera de lugar.... Quiero ser otra persona. Juego a ser una mujer liberada, que sabe lo que quiere, que reivindica sus derechos... No soy más que basura, una mentira gorda y horrible. Soy un reflejo grotesco en un espejo. ¿En qué me he convertido? En un monstruo ojeroso, pálido y feo... Soy la sombra de su egoísmo. Me acurruco a su lado como un animal maltratado a la espera de la caricia que me recomponga de tanto dolor... Al principio de conocernos, sentía sus manos en mi cuerpo y me estremecía, me sentía importante. Ahora se aleja de mí, apenas comparte nada conmigo... ¿Qué soy yo sin él?... Estoy hueca por dentro. La comida hace que me olvide de mis miserias durante unos minutos, pero luego, cuando mi vientre se hincha y parece que va a explotar, comprendo demasiado tarde que he engordado y que él me despreciará más, verá que soy una gorda repugnante, rechazada por todos... Me mirará con asco... En esos momentos sé lo que tengo que hacer. Todavía me queda una última solución: vomitar. Entonces lo hecho todo fuera, me limpio y me doy una oportunidad de empezar de nuevo. Hasta que vuelvo a sentirme mal y la escena se repite... ¿Por qué soy tan fea?... Me gustaría arrancarme los ojos para no ver mi imagen reflejada en los espejos, en los cristales de los escaparates, en la sombra que me persigue...

Si estuviera delgada todo sería diferente... A veces pienso que como tanto por rebeldía. Estoy harta de todo, de él, de mi familia, del trabajo, de mi mierda de vida. Llevo veinte años midiendo las calorías, obsesionada con lo que como, aterrada porque he subido unos gramos de peso. Un día soy estricta con mi alimentación pero al otro cualquier revés me hace ver el mundo, mi mundo, tal y como es y no puedo soportarlo. Es ahí cuando me dejo llevar, abandono la restricción y me lleno con los alimentos prohibidos por mi locura; al menos comiéndolos obtengo algo de placer, aunque sea de manera momentánea... Es difícil vivir así con este comportamiento sin cordura ni futuro. Tengo muchas carencias y eso no es bueno ni malo, solo un suceso que, definido como problema, implica la búsqueda de una solución... Nunca me he sentido querida por nadie y eso duele, duele mucho; es un desgarrar profundo que sangra y sangra. *(Se levanta, va hacia el espejo de la habitación y se mira en él.)* Si tuviera otro cuerpo tal vez todo me iría bien en la vida. Si perdiera peso él quizá me querría...

(La luz del escenario se va atenuando hasta quedar a oscuras.)

FIN
DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el escenario hay una mesa —la misma que había antes en el acto anterior en la cocina— y varias sillas. Sobre la mesa hay una cafetera, galletas y vasos de plástico. Es la hora del desayuno y varias personas empleadas en la empresa toman café en una sala específicamente preparada para ello.

(Al aclararse las luces vemos sentadas a MUJER 2 y a MUJER 3. MUJER 1 está de pie. Las tres tienen un vaso en las manos.)

MUJER 2.—Desde luego, vaya mañana que llevamos. Nunca habíamos tenido tanto trabajo por estas fechas.

MUJER 3.—Es que falta personal.

MUJER 2.—Abusan de nosotras porque no protestamos. Nos bajan el sueldo y callamos. Despiden a una compañera y callamos.

MUJER 3.—¿Y qué quieres que hagamos? Si protestamos nos echan. Están deseando que alguien se signifique para despedirle.

MUJER 2.—Ya lo sé. Qué me vas a contar. Estamos perdiendo derechos sin que nadie diga nada.

MUJER 3.—Dicen que no tienen dinero, que los beneficios de la empresa han bajado. Eso es lo que ellos argumentan pero con esa justificación hacen un expediente de regulación de empleo y despiden a la gente con una indemniza-

ción miserable.

MUJER 2.—Eso dicen pero bien que han metido en plantilla a ese que no sabe hacer nada, que es hijo de un amigo del jefe.

MUJER 3.—Es un inútil, da risa verle como un idiota de un lado para otro, sin saber en qué entretenerse.

MUJER 2.—Se lleva de sueldo lo mismo que la suma de cuatro nuestros y casi ni aparece por el despacho.

MUJER 3.—¿Para qué va a aparecer si no sabe dónde tiene la mano derecha?

MUJER 1.—Es un chico simpático.

MUJER 2.—¡No me digas! Ahora resulta que el niño es simpático. Lo que me faltaba por oír.

MUJER 3.—No entiendo por qué le defiendes.

MUJER 1.—Yo solo digo que es simpático.

MUJER 2.—¿Acaso te gusta?

MUJER 3.—Qué bien disimula. Y parece una mosquita muerta.

MUJER 2.—A lo mejor necesita un macho joven en la cama. ¿No te folla bien tu hombre?

MUJER 1.—Yo, no...

MUJER 3.—Venga, chica, no lo niegues. No hay nada me-

jor que un buen polvo para encontrarle sentido a la vida.

MUJER 1.—Pero es que...

MUJER 3.—¿Te gusta el enchufado o no?

MUJER 2.—¡Silencio, que viene!...

(Entra en escena ENCHUFADO y se sirve un café.)

ENCHUFADO.—¡Hola! ¡Cuánta belleza junta!

MUJER 3.—¡Hola, chico guapo!

MUJER 2.—Ya era hora que se te viera por la oficina, te pareces al hombre invisible.

ENCHUFADO.—He estado ocupado.

MUJER 3.—Nosotras también, trabajando.

(ENCHUFADO se ríe sin responder a ironía de MUJER 3.)

MUJER 2.—No empecemos la conversación así que podemos acabar mal. Por cierto, guapo, te sienta muy bien la camisa, ¿te la ha regalado tu novia o tu madre?

(ENCHUFADO se ríe sin responder.)

MUJER 3.—A este le sienta bien todo.

ENCHUFADO.—Gracias por los piropos. Un día de estos tenemos que salir por ahí, a tomar unas copas y a divertirnos.

MUJER 2.—¿Vas a salir con todas nosotras?

ENCHUFADO.—¿Por qué no? Que hay de malo en ello.

MUJER 3.—¿Te atreves con todas? ¡Qué viril! (*Se acerca a él insinuante.*)

ENCHUFADO.—Se supone que vamos a tomar algo, ¿no? (*Retrocede.*)

MUJER 2.—¡Nena, no te pases que tienes novio!

MUJER 3.—Eso no es el fin del mundo. Hay cosas peores.

MUJER 2.—Hay que mantener las formas. Una cosa es ser una mujer liberada y otra ser una golfa, ¿no te parece?

MUJER 3.—¡No me toques los ovarios tú ahora! Solo se vive una vez.

ENCHUFADO.—¡Por favor, señoras o señoritas, contención, que estamos trabajando!

(*ENCHUFADO se va.*)

MUJER 2.—¡Trabajando estamos nosotras, capullo, tú te lo llevas muerto!

MUJER 3.—Aunque sea un gilipollas reconocerás que está para comérselo vivo.

MUJER 2.—Desde luego. La diosa Naturaleza le ha dotado de un atractivo proporcional a su inutilidad y estupidez.

MUJER 3.—Ahora solo habría que comprobar si su caren-

cia de inteligencia está compensada por el tamaño y buen uso de su polla.

(MUJER 2 y 3 se ríen, MUJER 1 se mantiene al margen.)

MUJER 1.—Es un chico muy agradable.

(MUJER 2 y 3 se ríen de MUJER 1.)

MUJER 2.—Con esa actitud ante la vida tan remilgada y contenida, no te espera nada bueno, hija. Tienes que espabilarte.

MUJER 3.—Parece que estás alelada.

MUJER 1.—Lo que pasa es que tengo pareja y se merece un respeto.

MUJER 2.—¡Ay, mi niña, qué tonta eres! Vivimos en tiempos diferentes a los de tu madre y tu abuela. Tienes que enterarte que los tiempos han cambiado y hay que vivir al día.

MUJER 3.—Tú andas con muchos remilgos pero seguro que tu novio, tu marido, o lo que sea, te está poniendo los cuernos y ni te enteras.

MUJER 1.—¿A santo de qué viene ese comentario? *(Se muestra angustiada.)*

MUJER 3.—Es una broma, mujer. Solo una forma de hablar. No sé si tu hombre te engañará o no pero que sepas que lo hacen cuando quieren. ¿No sabes que los varones tienen dos cerebros? Uno está arriba y el otro en los cojo-

nes. Te aseguro que el segundo siempre puede con el primero. Si ellos actúan así, ¿por qué no lo vamos a hacer nosotras también?

MUJER 1.—Cuando formamos una pareja, adquirimos un compromiso. Ambos tenemos que ser honestos y sinceros si queremos que la relación funcione.

(MUJER 2 y 3 se ríen.)

MUJER 2.—Menudo compromiso tienen ellos con nosotras. Tenemos que ser listas. Ellos hacen lo que les da la gana y nosotras aguantamos, y cuando se cansan nos dejan tiradas como a una colilla.

MUJER 3.—¡Así es! Tan cierto como la luz que nos está alumbrando... Bueno, me voy que llevo mucho rato aquí.

MUJER 2.—¡Hasta luego!

MUJER 1.—¡Adiós!

MUJER 3.—A la salida os veo. *(Sale.)*

MUJER 2.—Esta se cree muy guapa y arrebatadora pero cada día está más gorda. Aunque la veas así de lanzada no liga nada. El novio no le hace ni caso. Todo el mundo en la oficina piensa que la engaña. Pero ya la ves, tiene la autoestima por las nubes. Más valdría que se pusiera a dieta a ver si con menos culo tenía más éxito porque, lo que es por ahora, más que atraer a los hombres les espanta.

MUJER 1.—Yo no la veo gorda.

MUJER 2.—Dices eso por lo que te toca, ¿no?

MUJER 1.—¿Qué quieres decir? *(Se va agitando por momentos.)* ¿Me estás llamando gorda?

MUJER 2.—Yo no digo nada, chica. Eres muy susceptible, ¿no?

MUJER 1.—¡No te calles! *(Crispada.)* Lo has dicho para herirme. ¿Por qué me tratas así?

MUJER 2.—Cálmate que no es para tanto. Siempre estás diciendo que haces dieta, que quieres perder peso, que no te gustas. Qué quieres que piense.

MUJER 1.—¡Hago lo que quiero! Si me apetece hacer dieta la hago y si no también, ¿te enteras?

MUJER 2.—¡Eres muy agresiva! No te pongas así.

MUJER 1.—¡Me pongo como quiero! ¿Me estás entendiendo bien o te lo digo en otro idioma?

MUJER 2.—¡Cuántos humos para lo poquita cosa que eres. *(Sale.)*

(MUJER 1 se queda sola y comienza a llorar, mientras come pastas con ansia.)

MUJER 1.—¡Hijas de puta! Falsas, hipócritas... y se dicen compañeras. Se ríen de mí en mi propia cara. No me tienen ningún respeto. No miden sus palabras, les da igual el daño que puedan hacerme. ¡Estoy harta! La vida es un asco. Estoy cansada. Mi cuerpo se hincha cada vez más y yo no paro de comer. Los pensamientos destructivos se

adueñan de mí. Quiero huir, escapar, que me dejen en paz. He vuelto a engordar, seguro. No quiero que nadie me vea. Soy una persona horrible que no tiene ningún control sobre su existencia... Parece que solo el hecho de respirar supone sufrimiento... ¡Soy una gorda! En cuanto me ven seguro que piensan que parezco un adefesio. Cualquier mujer es más atractiva que yo. Lo peor de todo es que tengo hambre, un hambre insaciable. Ahora me atracaría de dulces hasta hartarme y luego vomitaría pero no puedo hacerlo, si se dan cuenta me echarán del trabajo. Aunque de todas formas con cualquier otra excusa nos echan sin piedad... Debo aguantar. Bastantes problemas tengo ya. Con mi edad tendría que haber superado mis complejos con el peso y la figura. Es un mal que tenemos muchas mujeres porque carecemos de autoestima. ¡Soy una niñata idiota!... No existo para los demás. Solo soy un monstruo desechable... Me gustaría tener un trabajo en el que fuera valorada y respetada, en el que existiera compañerismo y solidaridad. También me gustaría vivir en una casa amplia y bonita, y no en un cuchitril viejo y pequeño. No necesito que la casa sea mía; no me hacen falta propiedades ni hipotecas, solo quiero vivir con dignidad... Quisiera que no llegara mañana... *(Llora.)* Me gustaría ser otra. Estoy insatisfecha constantemente. En mi vida no hay un minuto de descanso. Lo peor es que ni siquiera sé lo que quiero. Sí sé que detesto el cuerpo en el que estoy atrapada. ¿Es eso lo más importante del dolor que siento? ¿Odio mi cuerpo u odio mi propia vida?... Estoy enfadada, en lucha conmigo misma y con el mundo. No entiendo qué pasa a mí alrededor. Quizá soy idiota e irascible; todo me sienta mal, me afecta dramáticamente. Puede que también me estén sucediendo cosas que no sé manejar. Tal vez siempre han estado ahí y nunca les he dado importancia...

(Entra JEFE en escena.)

JEFE.—¡Buenos días! Estás muy sola...

MUJER 1.—Ya me iba. *(Hace intención de marcharse.)*

JEFE.—No hay prisa. Siempre que coincidimos sales corriendo. Quédate un poco más. Te recuerdo que soy el jefe. *(Se ríe.)*

MUJER 1.—Tengo trabajo que hacer. Solo he venido a desayunar y ya he terminado.

JEFE.—No te preocupes, mujer. Espera y habla conmigo un rato. Ya harás el trabajo. *(MUJER 1 se queda quieta y le mira con una cierta confusión.)* Hoy estás muy guapa, ¿no te lo ha dicho nadie?

MUJER 1.—No le entiendo.

JEFE.—¿Y qué quieres entender? Solo te digo que te encuentro atractiva, sugerente, deseable...

MUJER 1.—Me voy...

(MUJER 1 retrocede para irse. JEFE le corta el paso, se acerca a ella y le acaricia el pelo. MUJER 1 se aparta.)

JEFE.—Espera... *(Él la coge del brazo, primero la retiene y luego la abraza.)* ¿Por qué tienes tanta prisa?

(MUJER 1 empuja a JEFE con violencia contra la mesa, liberándose de su abrazo.)

MUJER 1.—¿Qué hace usted? ¿Se ha vuelto loco?

JEFE.—¡Qué te pasa! No te hagas la estrecha ahora. ¿Es que no te gusto? ¿Acaso tienes dónde elegir? (*Intenta volverla a coger.*)

(*MUJER 1 no deja que la agarre.*)

MUJER 1.—¡Canalla!

JEFE.—Si quiero te puedo echar a la calle hoy mismo o complicarte mucho la vida hasta que decidas marcharte voluntariamente. Con la nueva Reforma Laboral en la mano puedo hacer lo que quiera contigo.

MUJER 1.—¡Déjeme en paz! (*Llora.*)

JEFE.—¡Vamos! Podemos pasar juntos un buen rato. Nadie tiene por qué enterarse. (*La abraza de nuevo.*)

MUJER 1.—¡Déjeme! ¡Por favor! (*Forcejea con él, intenta soltarse.*)

(*Entra en escena MUJER 4, JEFE deja de abrazar a MUJER 1, se separa de ella y se marcha sin decir palabra.*)

MUJER 4.—¡Buenos días! (*Actúa con naturalidad, como si no hubiera visto nada. Se sirve un café.*)

MUJER 1.—¡Maldito cabrón! (*Llora.*)

MUJER 4.—Lamento haber interrumpido tan intenso romance. (*Dice con una amplia sonrisa.*)

MUJER 1.—¿Se puede saber lo que te hace gracia? Para

mí no tiene ninguna. (*Llorando.*)

MUJER 4.—¿Me vas a decir de lo que puedo o no puedo reírme? ¡Venga! ¡Por favor! Simplemente me ha hecho gracia una escena que no es asunto mío. ¿Te lo he dicho claro?

MUJER 1.—¿Es que no has visto lo que me estaba haciendo? ¿No te has dado cuenta de que estaba abusando de mí?

MUJER 4.—¡Oye, no sigas por ahí! Yo no he visto nada. Y de haber visto algo sería a una empleada abrazada a su jefe.

MUJER 1.—¿Cómo puedes estar tan ciega! ¡Me estaba acosando! Intentaba defenderme, que me soltara pero no podía lograrlo. Quería que tuviéramos relaciones sexuales.

MUJER 4.—De ser verdad lo que dices es lógico que quisiera acostarse contigo, ya puestos. Ahora bien, eso es lo que tú dices. Pero mira, a mí me da igual lo que hagas o dejes de hacer en tu tiempo libre y más aún si es con el jefe.

MUJER 1.—Pero yo no quería hacer nada, yo me defendía.

MUJER 4.—Ya... No obstante, parece que eres su tipo. No me lo explico. La cenicienta convertida por arte de magia en princesa. Has llegado lejos, chica.

MUJER 1.—(*Gritando.*) ¿Es que no puedes comprender que me estaba violando?

MUJER 4.—¡No me digas! Me temo que tu fantasía es muy florida. La imagen que dabais no era precisamente la de una violación. Pero de todas formas, a mí no me tienes que dar ninguna explicación. Lo que haya pasado es un asunto que tienes que resolver con él. Acostarse con el jefe es una forma como otra cualquiera de mantener el puesto de trabajo o de conseguir un ascenso.

MUJER 1.—¿Cómo puedes decir eso de una compañera? Eres una trabajadora como yo.

MUJER 4.—¿Y qué?

MUJER 1.—Deberías creer lo que te digo y apoyarme, somos compañeras.

MUJER 4.—Escúchame bien. Te voy a pedir un favor. No quiero líos en la empresa. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. ¿De acuerdo?

MUJER 1.—Los trabajadores y más las mujeres, tenemos que unir nuestras fuerzas y ayudarnos las unas a las otras.

MUJER 4.—¡Pues no pides tú nada? Aquí venimos a cumplir con lo que nos mandan, a pasar lo más inadvertidas posible y a cobrar a fin de mes. Por encima de eso no hay nada más. En resumen, trabajamos, nos pagan y fin de la historia.

MUJER 1.—Pero si actuamos de una manera individualista ante la empresa somos muy frágiles y pueden hacer con nosotras lo que deseen; pueden actuar con total impunidad. ¿No lo comprendes?

MUJER 4.—Yo me doy cuenta de muchas cosas. Eres una

lista; solo quieres hacerte la importante y dejarnos a las demás con el culo al aire. ¿Qué pasa, es que el jefe no te da lo que le pides?

MUJER 1.—¿Cómo puedes decirme eso?

MUJER 4.—Tú te lo has buscado.

(Entra en escena MUJER 5 que es delegada sindical.)

MUJER 5.—¡Buenos días! *(MUJER 1 Y MUJER 4 guardan silencio. MUJER 5 se sirve un café y come una galleta.)*
¿Qué os pasa? Parece que estáis en un velatorio.

MUJER 4.—Pasar, lo que se dice pasar, no pasa nada y a la vez pasa mucho... Pero yo me voy a trabajar que es lo mío.

MUJER 5.—Seguro que os habéis peleado por alguna niñería.

MUJER 4.—¡Yo no me he peleado con nadie! Lo que pasa es que esta...

MUJER 5.—Termina lo que has empezado. ¿Qué le sucede a esta?

MUJER 4.—¡Casi nada! Que está liada con el jefe y encima quiere meternos a todas en un lío. Me voy. *(Sale.)*

MUJER 1.—¡Eso es mentira!

MUJER 5.—¿Qué es mentira? ¿Qué estás liada con el jefe o que quieres meternos a todas en un lío?

MUJER 1.—¡No tengo nada con el jefe! (*Llora.*)

MUJER 5.—¿Me quieres contar lo que ha ocurrido? Si no es cierto, ¿por qué lo ha dicho ella?

MUJER 1.—No lo sé. Ha hablado sin propiedad ni sentido de la cordura. Tienes que ayudarme. Tú eres la delegada sindical. Mi jefe me ha acosado cuando estaba tomando café.

MUJER 5.—¿Qué quieres decir con que te ha acosado el jefe?

MUJER 1.—¡Me ha acosado sexualmente! Yo estaba sola, a punto de irme, cuando ha entrado y primero se ha insinuado y después ha empezado a abrazarme. (*Llora.*)

MUJER 5.—Vamos a hablar claro, es muy serio lo que estás diciendo. ¿No te lo estarás inventando?

MUJER 1.—¡No me digas eso, por favor! (*Llora.*)

MUJER 5.—Y qué quieres que te diga... La otra compañera ha dicho algo que difiere bastante de lo que tú me estás contando ahora mismo.

MUJER 1.—¡Pero no es verdad! Se lo ha inventado.

MUJER 5.—(*Nerviosa, con ganas de irse.*) Mira, insisto en ello, el tema del acoso sexual en el trabajo es algo muy grave y más estando implicado el jefe, nuestro jefe. Hay que estar muy segura de lo que ha ocurrido para levantar una acusación como esa.

MUJER 1.—Yo sé lo que he vivido, no estoy loca. Él ha venido a tomar café y ha intentado abusar de mí. Otras veces me había piropeado pero nunca había llegado tan lejos.

MUJER 5.—¿Ha abusado o no ha abusado? Te contradices. Es importante que tengas claro lo que ha sucedido.

MUJER 1.—Solo me ha abrazado pero en contra de mi voluntad y eso ya es en sí un abuso sexual y de poder. No me lo invento. Tienes que creerme.

MUJER 5.—Quizá haya sido un calentón, un impulso viril simpático sin más.

MUJER 1.—¿Un impulso simpático? Eres mujer. ¿No sabes distinguir cuando alguien te acosa y cuando no?

MUJER 5.—A mí no me ha acosado nadie nunca. Y si alguien lo hace, sé defenderme.

MUJER 1.—Yo me he defendido.

MUJER 5.—Pues parece que la compañera ha visto otra cosa.

MUJER 1.—¿No vas a hacer nada?... ¿Tienes miedo de enfrentarte a la empresa?

MUJER 5.—¡Oye, no te pases conmigo! Solo pienso que hay que actuar con mucha prudencia.

MUJER 1.—¿Por qué tanta precaución? El acoso sexual es un delito que está castigado por la ley.

MUJER 5.—¿Cómo que por qué?... Está claro. Si nos equivocamos en la acusación nos pueden echar a la calle a las dos y a toda aquella que nos apoye.

MUJER 1.—Hay muchas personas trabajando en esta empresa, hombres y mujeres. No nos pueden despedir a todas.

MUJER 5.—¡No seas estúpida! Nadie va a mover un dedo por ti y menos por un tema como este. No es nada personal, te lo aseguro; tampoco lo harían por otra persona. El mundo de hoy día es así, despiadado e insolidario. ¿Dónde vives tú? ¿Piensas que esto va a cambiar?... Es lo que hay, bonita.

MUJER 1.—¿Y tú?... ¿Me vas a ayudar tú?

MUJER 5.—¿Qué puedo hacer yo?

MUJER 1.—Puedes hablar con el jefe, amenazarle. Decirle que si se repite lo que ha hecho conmigo o con otra trabajadora lo vas a denunciar a los tribunales. De hecho habría que denunciarle ya.

MUJER 5.—No es tan fácil.

MUJER 1.—¿Por qué? Tú perteneces a un gran sindicato. Tenéis abogados y poder.

MUJER 5.—Yo no quiero complicarme la vida más de lo que ya la tengo complicada. Con respecto a mi sindicato te diré que está lleno de burócratas que viven muy bien. Un caso como el tuyo es difícil de ganar en un juicio y da mala imagen. Otra cosa sería que en la empresa la gente se movilizara, en esa circunstancia no habría más remedio

que actuar para salvar la cara.

MUJER 1.—¡Pero soy una afiliada vuestra! ¿No me vais a defender?... Necesito ayuda.

MUJER 5.—Precisamente por ser una afiliada te pido que seas responsable y pases página. Si se vuelve a repetir ya veremos cómo actuamos. Pero ahora mismo, tal y como está la situación, no es conveniente. Eso partiendo del supuesto de que el acoso sexual haya existido y no se te haya ido la mano con el coqueteo.

MUJER 1.—¡No me crees!

MUJER 5.—Me da igual lo que haya ocurrido. Tengo una buena relación con la empresa y no la voy a empañar por ti. Digamos que tu palabra no tiene mucha credibilidad ni para mí ni para nadie.

MUJER 1.—Tú, como delegada sindical, te debes a las personas trabajadoras, estén en tu sindicato o no; es tu obligación moral. Al menos eso es lo que pregonáis durante las elecciones al comité de empresa.

MUJER 5.—¡Qué ingenua eres! Eso podía ser así cuando empezaba a militar en el sindicato y creía en la lucha de clases y en la revolución social. Ahora no creo en nada y me debo a mí misma, a mis intereses particulares.

MUJER 1.—Entonces, ¿qué haces en el sindicato?

MUJER 5.—Digamos que me proporciona ciertos privilegios que no deseo perder a ningún precio.

MUJER 1.—¡Eres una traidora, una vendida!

MUJER 5.—Y tú, una gilipollas que no sabe en qué mundo vive. Ten cuidado conmigo y con lo que vas hablando por ahí, si quiero puedo ser más peligrosa que la propia empresa. (*Mira a MUJER 1 con desprecio y amenazadoramente. Sale.*)

FIN
DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el escenario hay una mesa y varias sillas.

(Al aclararse las luces se ven sentadas cinco mujeres: MUJER 1, MUJER 6, MUJER 7, MUJER 8 y MUJER 9. Sobre la mesa hay papeles, revistas y libros. También hay bebidas.)

MUJER 1.—Pues lo que os digo, el muy cabrón se me echó encima y me abrazó con muy malas intenciones.

MUJER 6.—Los hombres tienen en la cabeza lo mismo. No voy a decir que todos sean iguales pero piensan parecido, y no es un tópico.

MUJER 8.—Chica, no todos actúan y piensan de la misma manera.

MUJER 6.—Si no todos, la mayoría... En cuanto te descuidas se creen con derecho a utilizarte como si fueras una muñeca hinchable.

MUJER 7.—Habría que denunciarle. Ese tío se lo hará a otras, seguro. Se aprovecha de su autoridad y de vuestro miedo.

MUJER 9.—Es lo que tendrías que hacer, denunciarle y si te echan pues qué le vas a hacer, ya encontrarás otro trabajo. Total, para lo que te pagan.

MUJER 1.—La idea de perder el trabajo no me hace nin-

guna gracia pero yo por mí lo haría. Ahora bien, no tengo testigos y ya os he contado la actitud de la compañera que nos sorprendió cuando el jefe me abrazaba. De la sindicalista qué voy a decir, de esa no puedo esperar nada.

MUJER 6.—Los sindicatos están vendidos a la patronal y al Estado. Viven de las subvenciones que les dan sus amos y claro, no pueden morderles la mano. Cuando les necesitamos no quieren saber nada de nada. Lo que hacen no es sindicalismo. El sindicalismo es otra cosa.

MUJER 7.—Nosotras tenemos la culpa, pagamos cuotas sindicales. Deberíamos organizarnos por nuestra cuenta, al margen de ellos. Cada empresa debería tener su asamblea del personal trabajador y elegir puntualmente un portavoz cuando sea necesario. Si necesitamos un abogado pues lo pagamos. Luego las asambleas se podrían organizar o coordinar por sectores laborales e incluso federarse.

MUJER 8.—Yo creo que los sindicatos tienen una función positiva.

MUJER 9.—¿El qué? ¿Negociar?... Eso sí lo hacen muy bien. Son los maestros de la negociación. Antes de que nadie solicite sus servicios, ellos ya están dispuestos a sentarse a una mesa a ofrecer un culo que no es el suyo, porque ellos lo tienen bien cubierto. Estos pactan hasta con el mismísimo demonio si es necesario con tal de tener protagonismo y defender sus privilegios.

MUJER 6.—Tienen que dar la imagen de que son necesarios.

MUJER 8.—Lamento disentir pero creo que los sindicatos tienen un papel importante en la sociedad. Otra cosa es

que los que tenemos en la actualidad no cumplan sus funciones. Hay otras opciones sindicales más honestas y revolucionarias.

MUJER 7.—¡Pero bueno! ¿De qué guindo te has caído tú? ¿Todavía no te has dado cuenta de que forman parte del aparato opresivo del Estado?

MUJER 1.—Además, están dirigidos por machistas. Quizá han cambiado su lenguaje, es decir, lo han adaptado a los tiempos que corren, pero en el fondo, las mujeres les incordiamos con nuestras reivindicaciones de igualdad y respeto. Si lo sabré yo, tengo un sindicalista en casa.

MUJER 6.—¡Bravo! ¡Vaya suerte que tienes, chica!

(Se ríen todas.)

MUJER 9.—Mi marido puede ser muchas cosas, un perro y un borde entre otras, pero un sindicalista no, eso no. Solo faltaba que me adoctrinara en casa. De los mítines me encargo yo, aunque para el caso que me hace... Lo que le digo por un oído le entra y por otro le sale.

MUJER 8.—A mi marido no le importa ni el sindicalismo, ni la política, ni nada que vaya más allá del fútbol y las carreras de motos o de coches. Es una lumbrera. ¡Perra vida!

MUJER 7.—¿Es un trabajador?

MUJER 8.—Sí, claro. Es un trabajador pero también un ignorante, y lo que es peor, orgulloso de serlo. Me refiero a lo de ignorante.

MUJER 7.—Pues más le valdría que se interesara por la

política, por lo que sucede en el país y en el mundo porque nos estamos jugando mucho, no solo el presente sino el futuro de nuestros hijos.

MUJER 8.—No es para tanto.

MUJER 7.—¿Qué estamos haciendo ahora?... ¿No hacemos política?... Hablamos, intercambiamos ideas, polemizamos y llegamos a acuerdos para poder funcionar juntas. Hacemos política.

MUJER 8.—Es una forma de verlo.

MUJER 9.—¡No nos liemos, que nos hemos perdido! Entonces, niña, ¿no vas a hacer nada para pararle los pies a tu jefe?

MUJER 1.—No sé... Es que sin pruebas, sin testigos... Es su palabra contra la mía.

MUJER 6.—Pues ten mucho cuidado que ese repite y si no ya me lo dirás.

MUJER 8.—No creo que se atreva.

MUJER 9.—Ya veremos.

MUJER 1.—De todas formas, si se vuelve a sobrepasar conmigo o con otra compañera, y me entero, lo denunciaré, aunque me despidan.

MUJER 7.—Por eso no te preocupes. Si te despiden nos presentamos allí todas con una pancarta y montamos un escándalo diario hasta que te readmitan.

MUJER 9.—¡No estaría mal!

(Se ríen y bromean, hacen gestos como si llevaran una pancarta y gritaran consignas. Entra en escena MUJER 10. Viene cargada con libros y papeles que reparte a cada una de ellas tras los saludos pertinentes.)

MUJER 10.—¡Hola, chicas!

(Todas responden con un «¡Hola!».)

MUJER 10.—Siento llegar un poco tarde pero es que hay un tráfico imposible a estas horas; además, aparcar por esta zona es toda una proeza.

MUJER 7.—¡Tranquila! Estábamos entretenidas.

MUJER 8.—Hablabamos de nuestras cosas, es decir, de hombres.

MUJER 10.—Estupendo. Si os parece podemos empezar sin perder más tiempo. *(Se sienta a la mesa.)* Vamos con mucho retraso. Os he repartido un material interesante sobre la lucha de las mujeres a través de la Historia.

(El grupo lee los papeles que acaba de recibir de la recién llegada. MUJER 10 habla y el resto de las presentes asiente sin hacer comentarios.)

MUJER 10.-Simone de Beauvoire dijo: «No se nace mujer, se llega a serlo». Esta afirmación es muy importante y sobre ella tenemos que reflexionar un momento. ¿Qué pensáis vosotras?

MUJER 1.—No entiendo lo que quiere decir la frase. ¿No somos mujeres al nacer? Vamos, digo yo.

MUJER 10.—Buena pregunta. ¿Qué creéis las demás? ¿Nacemos mujeres o nos hacemos mujeres? Es decir, aprendemos a serlo.

MUJER 6.—En un primer momento no había entendido el sentido de la frase pero ahora sí me ha quedado claro. Creo que nacemos personas, con un sexo, masculino o femenino; pero la educación hace que asumamos el papel de «hombre» o el de «mujer» con lo que ello supone de lastre para uno u otro género.

MUJER 10.—¡Muy bien! Esa es la idea básica. Si ampliamos las posibilidades de la frase, podemos añadir que al sexo femenino una vez que se le ha programado para desempeñar el papel de mujer, lo ejecuta sin criterio. Lo que complica aún más la situación es que las mujeres piensan, nosotras pensamos, que somos las responsables de esa decisión. Ahora bien, el hecho de que nos eduquen para ser mujeres no nos libera de la responsabilidad de luchar por nuestra liberación como personas sometidas a la dominación machista. Cuando somos niñas no podemos elegir pero en la edad adulta sí. Desde la Revolución Francesa, las mujeres más concienciadas han luchado contra su condición de ciudadanas de segundo orden. Han reivindicado una igualdad que hoy en día todavía no hemos logrado ni a nivel social, ni a nivel privado en nuestras propias casas. ¿Estáis de acuerdo con ello? (Todas asienten.) Por supuesto que tenemos muchos frentes abiertos en los que luchar pero yo llamaría la atención sobre los dos puntos fundamentales de las obligaciones de una «perfecta mujer»: la maternidad y el matrimonio. Podemos luchar por la igualdad de salarios, por la igualdad de oportunidades,

por una educación no sexista; pero nuestra lucha más importante se debería centrar en el cuestionamiento del matrimonio como institución que reproduce y alimenta el machismo, y en esa supuesta obligación de tener hijos.

MUJER 8.—Somos mujeres, es lógico que tengamos hijos, ¿no?

MUJER 7.—Solo si lo decidimos libremente, sin imposiciones.

MUJER 6.—¿Y cómo sabemos si nuestra decisión de tenerlos está basada en una libre elección o está impuesta por una determinación social?

MUJER 9.—Las mujeres, en un momento dado, tenemos la urgente necesidad de reproducirnos.

MUJER 10.—¿Todas las mujeres?

MUJER 6.—No.

MUJER 7.—No, por supuesto.

MUJER 10.—¿Conocéis mujeres que no tengan hijos por propia elección?

MUJER 8.—Sí.

MUJER 1.—Sí.

MUJER 10.—Si estuviéramos determinadas genéticamente a satisfacer ese deseo, todas las mujeres nos quedaríamos embarazadas, tanto si tenemos una pareja estable como si no.

MUJER 6.—Parece lógico.

MUJER 10.—Entonces, ¿no es lógico pensar también en la posibilidad de que tener hijos, más que una necesidad biológica, sea un deseo inducido por la educación?

MUJER 7.—A las mujeres nos gustan los niños.

MUJER 1.—A mí me hubiera gustado tener hijos pero mi compañero no quiere. Menudo se ha puesto cuando se lo he planteado.

MUJER 10.—Si lo necesitaras de verdad lo tendrías a pesar de él, pasarías por encima de cualquier prohibición.

MUJER 1.—Me dijo que si me quedaba embarazada, me dejaba. Es un borde y estoy segura de que habría cumplido su amenaza.

MUJER 6.—¡Qué cabrón! ¡Haberlo tenido sola!

MUJER 1.—¿Y quién cuidaría a la criatura mientras yo trabajo? ¿Con un sueldo pago casa, me mantengo y la mantengo.

MUJER 10.—Lo que está claro es que no te has reproducido por diversas razones de tipo práctico y no ha pasado nada, has seguido viviendo sin mayores inconvenientes.

MUJER 1.—Desde luego que no ha pasado nada. A veces dudo de no estar perdiéndome una vivencia importante, pero enseguida me lo quito de la cabeza.

MUJER 10.—Sigamos con el tema. Podemos extraer una

conclusión de lo que hemos hablado. Parece que a las mujeres nos han programado para considerar tener hijos y cuidarlos como una misión casi sagrada, minusvalorando otros aspectos de la vida en los que podríamos desarrollarnos y crecer como personas.

MUJER 6—¡Eso no es así!

MUJER 7.—Podemos hacer lo que queramos. Somos libres de elegir.

MUJER 10.—¿De verdad? Veamos. ¿Trabajas?

MUJER 7.—No. Cuando me quedé embarazada mi marido y yo decidimos que yo dejara de trabajar y me dedicara a la casa y al niño. A fin de cuentas, pagar una guardería significaba casi mi sueldo. Nos pareció lo más sensato.

MUJER 10.—¿Por qué no dejó él de trabajar?

MUJER 7.—No lo pensamos. Él tiene un buen trabajo y no sé...

MUJER 1.—A los niños los cuida mejor su madre.

MUJER 10.—¡No me digas!

MUJER 1.—Eso lo sabe todo el mundo.

MUJER 10.—¿Y no será que a las mujeres nos han educado para ser sacrificadas y cuidar a otros? ¿Acaso cuando erais niñas no jugabais con muñecas y cocinitas? (*Silencio.*) También nos han programado para desear tener un hombre a nuestro lado para sentirnos completas y realizadas. ¿Qué somos sin vivir en pareja? (*Silencio.*) Estamos

bien jodidas... No podemos ser felices sin un macho que dirija nuestras vidas y sin hijos que ocupen todo nuestro tiempo.

MUJER 8.—¿Tú tienes marido, compañero o novio?

MUJER 10.—Sí. No estoy casada pero tengo un compañero. ¿Por qué me lo preguntas?

MUJER 8.—¿Y tienes hijos?

MUJER 10.—Sí. Una hija.

MUJER 9.—Entonces, qué nos estás contando...

MUJER 10.—Lo mío es distinto.

MUJER 6.—¿Se puede saber por qué es distinto?

MUJER 10.—Yo he elegido libremente tener pareja y tener niños.

MUJER 1.—No te entiendo. ¿En qué te fundas para pensar que nosotras no hemos elegido en libertad?

MUJER 10.—Algunas mujeres pensamos que la condición impuesta por la sociedad patriarcal y asumida por muchas de nosotras es el matrimonio y reproducir la especie humana. No digo que eso sea necesariamente una experiencia mala. Pero lo cierto es que en muchas ocasiones es una desgracia más que un regalo de la existencia. De hecho, las reivindicaciones de muchas mujeres se centran en ampliar los espacios que les han concedido. Por ejemplo, que los hombres ayuden en casa, cuando no se trata de que ayuden sino de que compartan.

MUJER 8.—Yo no veo nada de malo en tener pareja.

MUJER 10.—Y no lo tiene, siempre y cuando ese acontecimiento vaya dirigido a mejorar nuestra experiencia vital. Ahora bien, tener pareja no es un fin en sí mismo.

MUJER 9.—¿Qué quieres decir con eso?

MUJER 10.—Muy sencillo. Nadie nos puede proporcionar la felicidad. Digamos que la felicidad se conquista día a día; la logramos por nosotras mismas. Como opción podemos compartir esa felicidad con un compañero o compañera, en pareja o no.

MUJER 8.—Pues yo creo que se está mejor en la vida con una pareja. Estar sola es un asco; la gente te mira mal.

MUJER 10.—¿Sois felices con vuestras respectivas parejas; si es que las tenéis? (*Silencio.*) ¿A qué viene ese silencio? ¿No tenéis pareja o no sois felices?

MUJER 1.—¿Lo eres tú?

MUJER 10.—Yo sí. ¿Y tú?

MUJER 1.—Yo no.

MUJER 10.—¿Y vosotras, qué decís?

MUJER 6.—La relación que tengo ahora con mi marido no es lo mismo que al principio de conocernos y de empezar a vivir juntos.

MUJER 7.—Cada uno tiene sus manías y a veces choca-

mos. Es lo normal. Cuando empiezas la relación aguantas todo, con el tiempo vas aguantando menos hasta que no dejar pasar ni una.

MUJER 8.—Nosotros tenemos diferencias pero las vamos superando.

MUJER 10.—¿Lleváis en vuestros hogares una convivencia basada en la igualdad? (*Silencio.*) Parece curioso pero exigimos salarios iguales entre sexos a igualdad de puesto y responsabilidad. Exigimos representatividad igual en los órganos de decisión. Sin embargo no cuestionamos las relaciones descompensadas o desiguales en nuestras casas.

MUJER 7.—A mí en mi casa nadie me impone nada.

MUJER 9.—Ni a mí.

MUJER 10.—No hace falta que se ejerza la fuerza de una manera clara, nosotras estamos dispuestas a ceder, a someternos a la menor insinuación o exigencia, incluso antes de que esta aparezca.

MUJER 6.—Eso que dices no es verdad. Es posible que algunas mujeres lo hagan pero no la mayoría.

MUJER 7.—A mí, mi marido nunca me ha pegado. A veces se enfada y se mete conmigo y me grita pero yo también le grito a él.

MUJER 10.—Hay bofetadas que no son físicas, que no se dan con las manos, y duelen tanto como si hubieran sido así.

MUJER 8.—Sacas las cosas de quicio. Hay mucho que mejorar en nuestras parejas pero yo no percibo lo que tú dices, esas relaciones de poder y de sumisión de las que hablas.

MUJER 9.—Yo tampoco. Aunque los hombres o mejor dicho, la relación con ellos, es muy difícil, lo reconozco. Parece que nunca están satisfechos con nada de lo que hacemos. Les molesta casi todo lo que se salga de lo que a ellos les interesa.

MUJER 10.—Tenemos que ser sus chachas, sus madres, cuando quieren, sus esposas y, por supuesto, en materia sexual nos tenemos que comportar como putas, siempre dispuestas y preparadas para hacer lo que a ellos les apetezca.

(Se ríen todas.)

MUJER 6.—¡Vaya visión que tienes del amor!

MUJER 10.—No estoy hablando de amor, estoy refiriéndome a relaciones hombre mujer. Y mucho me temo que las mujeres aparte de estar sometidas a sus caprichos para que no se enfaden y nos abandonen, seguimos su senda como si no tuviéramos criterio propio. Nos queda mucho camino por recorrer. Si no somos conscientes de la opresión que sufrimos a diario en nuestros propios hogares, cómo vamos a autodeterminar nuestro destino.

MUJER 7.—Tal y como planteas la cuestión, parece que estamos en una guerra permanente contra los hombres.

MUJER 10.—No. Estamos o deberíamos estar en guerra contra la opresión, venga de donde venga. Vivimos oprimi-

das laboralmente e ideológicamente, pero también en nuestra relación con el otro sexo. Y esto seguirá así hasta que deje de haber explotación de un ser humano sobre otro, del tipo que sea. En el caso de las relaciones con los hombres, la lucha acabará precisamente cuando nosotras dejemos de comportarnos según el rol de mujer establecido hasta ahora y ellos con el de hombre. Somos personas que se acompañan mutuamente en el viaje de la existencia.

MUJER 1.—¡Eso es imposible!

MUJER 10.—¿Qué es imposible?

MUJER 1.—Estar luchando continuamente.

MUJER 10.—La vida es lucha.

MUJER 1.—Sí, es verdad; pero llega un momento en que te cansas de discutir, de intentar hablar, de aclarar las cosas, de llegar a algún sitio.

MUJER 6.—Es necesario hablar y romper los malditos silencios.

MUJER 7.—A veces hay tanto silencio en casa, entre nosotros, que podemos oír el latido de nuestros corazones.

(Se oye un timbre.)

MUJER 10.—Bueno, chicas. Creo que nos van a cerrar el centro. El material que os he dado lo podéis leer esta semana y, si os parece, lo discutimos en la próxima reunión.

MUJER 9.—De acuerdo.

MUJER 8.—Muy bien.

MUJER 6 y MUJER 7.—(*Al unísono.*) Sí.

MUJER 1.—Podíamos tomar algo en el bar de enfrente antes de irnos a casa, todavía es pronto, son solo las ocho.

MUJER 10.—No puedo. Tengo que dar de cenar a mi niña, mi compañero tiene yoga.

MUJER 6.—Yo tampoco puedo quedarme, mi marido no sabe ni freír un huevo. Si no voy yo no cena.

MUJER 7.—Es que la mayoría de los hombres son unos inútiles.

MUJER 1.—(*Dirigiéndose al resto.*) ¿Vosotras podéis quedaros un rato?

MUJER 8.—Me viene mal. Mi niño está acatarrado y quiero llegar pronto a casa para darle de cenar y acostarle; si no se queda a ver la televisión con su padre hasta las tantas y no descansa.

MUJER 9.—Lo siento pero no puedo, me espera mi pareja y si llego tarde se pone como un basilisco.

(Salen todas menos MUJER 1 que se queda sola, pensativa.)

FIN
DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

A la izquierda del escenario, en primer plano hay un sofá de dos plazas, una mesa baja con un bote de cerveza y una televisión. Detrás del sofá, en segundo plano, permanece en la penumbra una cama de matrimonio con dos mesillas de noche y lámparas. A la derecha, en el centro del escenario, se ve la cocina del acto primero y más a su derecha, siempre desde el punto de vista del espectador, se encuentra el servicio.

(HOMBRE está viendo la televisión, en concreto un partido de fútbol. Mientras lo ve hace numerosas y expresivas exclamaciones, airadas o efusivas, típicas de los aficionados al fútbol cuando ven un partido.)

HOMBRE.—¡Vamos! ¡Hay que correr! ¡Estáis baldados! ¡Falta! ¡Eso es falta, hijo de puta! ¡No valéis una mierda, cabrones! ¡No teníais que cobrar, vagos! ¡Eso no es jugar! ¡Os lo lleváis muerto! ¡Había que echaros a todos! ¡Cualquier aficionado mediocre se toma los partidos más en serio que vosotros! ¡No tenéis cojones!

(Entra MUJER 1.)

MUJER 1.—¡Hola!

(HOMBRE *no responde, la ignora sin inmutarse.*
MUJER 1 *deja el bolso y una carpeta sobre la mesa de la cocina y va a dar un beso a HOMBRE.*)

HOMBRE.—¡Déjame! ¿No ves que estoy ocupado? ¡Es que no te enteras de nada!

(MUJER 1 *se queda de pie, quieta, primero le mira con furia, luego le da una patada a la mesa baja y tira al suelo un bote de cerveza.*)

HOMBRE.—¿Qué hostias haces? ¡Estás loca! Parece que te jode que me entretenga y me divierta. Eres una amargada. ¿No te lo has pasado bien con tus amiguitas? (*Recoge el bote y lo coloca sobre la mesa.*)

MUJER 1.—¿Sabes lo que eres tú? Un cabrón sin remedio. Un desgraciado que solo es capaz de mirar su ombligo.

(*Se da la vuelta, se va a la habitación, se cambia de ropa y se pone una bata. Se sienta en la cama y llora un momento. Hace un esfuerzo para reponerse, se levanta y va a la cocina. Saca cosas de los armarios y se prepara algo para cenar. Se sienta y se pone a cenar. Mientras HOMBRE ve el partido y mantiene las exclamaciones del principio.*)

HOMBRE.—(*Grita.*) ¡Corre, pedazo de mierda! ¡Penalti! ¡Venga ya! ¡Cómo se nota que es el equipo del Gobierno! (*De vez en cuando bebe cerveza.*) ¿Hay algo para cenar?

MUJER 1.—¡Sí!

(HOMBRE *abandona el sofá y va a la cocina. Se*

detiene ante la mesa.)

HOMBRE.—¿Qué estás cenando?

MUJER 1.--¿Te has quedado ciego de repente? A lo mejor ver tanta televisión perjudica el cerebro. No me lo tomes a mal, es lo que he oído; y como tú cuando estás en casa no haces otra cosa...

HOMBRE.—¡Vaya modales! Da gusto estar contigo y compartir la cena. Vamos, que sueño con ello todos los días.

MUJER 1.—¡Quién va a hablar precisamente! Como tú eres el rey del protocolo y la buena educación, te permites el lujo de enseñarme normas de convivencia. ¡Eres estuendo, chico!

HOMBRE.—¿No hay algo para mí? Tengo hambre. Hoy no he comido más que un bocadillo y ya lo debo de tener en los tobillos.

MUJER 1.—¡Si quieres cenar, te lo preparas tú mismo! Ya eres mayorcito. Yo no soy tu sirvienta, eso se ha acabado.

HOMBRE.—¡Muy amable! ¡Me das asco! (*Se marcha al sofá muy enfadado, resoplando y maldiciendo por lo bajo.*)

(Pasa un minuto. HOMBRE ve el fútbol y MUJER 1 cena en silencio; de vez en cuando mira en la dirección de él. Acaba de cenar, recoge los cacharros y prepara un plato de fiambre y pan. Se lo lleva a HOMBRE y lo deja sobre la mesa baja que hay delante de la televisión. Da un paso a atrás y espera, expectante, una respuesta de él, pero este no hace ni dice nada, ignora el plato y a ella. Pasan un par

de minutos en los que él sigue viendo el partido y MUJER 1 se vuelve a la cocina, se sienta a la mesa y come pan, mirando al vacío. Lloro unos segundos. Se recupera, se levanta y va al servicio. Vomita. Se lava la cara. Apesadumbrada se sienta en el sofá y se acerca a HOMBRE, este la rechaza, se aparta de ella con un gesto de desagrado.)

HOMBRE.—¡Quita! ¡Das calor! Mira que eres oportuna, joder.

MUJER 1.—¡Perdona! Parece que todo lo que hago te molesta.

(Se aparta al extremo del sofá. Mira la televisión. HOMBRE no responde y permanece abstraído en el partido)

(Después de un par de minutos MUJER 1 se levanta y se va a la habitación; luego se mete en la cama con las hojas que le ha dado MUJER 10. Comienza a leerlas. HOMBRE apaga la televisión y se va también a la habitación. La zona del sofá se oscurece y queda iluminada la cama).

HOMBRE.—¡Qué basura de partido! *(Dice en tanto se quita la ropa y se acuesta.)*

MUJER 1.—¿No te ha gustado?

HOMBRE.—No se merecen el sueldo que ganan. En una empresa si no cumples con el trabajo te echan a la calle. Pero estos vagos son intocables. Ganan sueldos millonarios por no hacer nada, es increíble.

MUJER 1.—¿Qué tal la manifestación que habéis tenido

esta tarde?

HOMBRE.—Como siempre... Cada día acude menos gente. Parece que a nadie le importa ni la Reforma laboral, ni los expedientes de regulación de empleo, ni el paro, ni la privatización de la sanidad...

MUJER 1.—A lo mejor la gente está cansada de discursos huecos y de manifestaciones que no llevan a ningún sitio.

HOMBRE.—¡Ya tuvo que saltar la lista! ¿Qué sabes tú de luchas obreras o de sindicalismo? Pareces una tertuliana de esas que salen en la televisión por las mañanas.

MUJER 1.—(*Con rabia.*) Soy una trabajadora y sé muy bien lo que digo. No me tomes por una estúpida. Quizá lo que está ocurriendo es que no confiamos en las burocracias sindicales, ni en la clase política, sea del color que sea, que dicen defender nuestros intereses.

HOMBRE.—¿Crees que estaríamos mejor si los sindicatos no existieran?

MUJER 1.—Sí, sin los actuales. Tu sindicato, por lo que sé, ya no es anticapitalista, es una organización mediadora que solo pretende mantener su estructura. Antes de que se lo pidan, ya se ha sentado a una mesa negociadora; por supuesto, para vender a la clase trabajadora. Sois tan dialogantes que ya no os necesitan los empresarios para negociar, pueden pasar por encima, eso sí, con grandes carcajadas; se ríen de vosotros en vuestra cara, sin tapujos.

HOMBRE.—¡Cada día dices más gilipollices reaccionarias! ¿Te estás volviendo de derechas? Cualquier día de estos te veo levantando el brazo y haciendo loas a la patria

y a don Pelayo.

MUJER 1.—¿Si digo que los sindicatos son inoperantes soy una reaccionaria? ¡Vamos! Si da vergüenza veros tan comprensivos y buenecitos, sentados en mesas de restaurantes de lujo con los empresarios, poniendo cara de no haber roto un plato en vuestra vida. ¿Sois buenos amigos, verdad?

HOMBRE.—(*Grita.*) No me toques los cojones que vamos a acabar esta noche muy mal! Me estás ofendiendo con tu discurso fascista y demagógico.

MUJER 1.—Hoy mismo, sin ir más lejos, la delegada sindical de mi empresa...

HOMBRE.—¡No me cuentes tus historias de mierda! Parece que tu empresa es el centro del mundo y tú el ombligo de dios, al que hay que estar permanentemente adorando.

MUJER 1.—No me estás escuchando, para variar. Mi vida para ti es irrelevante. ¿Te importa lo que me haya podido suceder hoy en el trabajo?

HOMBRE.—¿Qué tengo que escuchar? A ver... Dime. Soy todo oídos. Mis apéndices auditivos están a tu disposición.

MUJER 1.—¡Qué gracioso eres!... Sencillamente lo que me ha sucedido hoy. ¿No tiene valor para ti? ¿Por qué? No lo entiendo.

HOMBRE.—Paso de tus rollos infantiles. La política es otra cosa. La lucha de clases está por encima de chismorreos y melodramas baratos. Hay acontecimientos más trascendentes sobre los que centrarse, digo yo.

MUJER 1.—Por ejemplo, ¿el fútbol? ¿Las carreras de coches o de motos? ¿Las tetas de la vecina? Podemos hablar de esas cosas tan importantes. A ti es lo que más te llama la atención, ¿no? También, si quieres, podemos hablar del ERE que va a hacer tu sindicato, aplicando la nueva Reforma laboral.

HOMBRE.—¡Por qué no te mueres! ¡Olvídame! (*Le da la espalda en la cama.*)

MUJER 1.—Por suerte para mí, cada día estás más olvidado. Ya eres poco más que una sombra que ni reconozco.

(MUJER 1 le da la espalda. La luz se atenúa, como si hubieran apagado la luz de las lámparas de las mesillas de noche. Pasan unos segundos y hombre se vuelve y se pega a ella, MUJER 1 le rechaza con un codazo.)

MUJER 1.—¡Déjame! No empieces ahora con tonterías.

HOMBRE.—Venga, mujer. No acabemos tan mal el día. Nos perdemos lo mejor de la vida por discutir tanto.

MUJER 1.—¡Y cómo quieres que acabe!

HOMBRE.—(*Acariciándola y en tono meloso.*) No exageres.

MUJER 1.—¿Exagero?

HOMBRE.—Vamos, tonta, no seas tan desagradable

MUJER 1.—¡Estate quieto! ¡Ni me quieres ni me respetas!

HOMBRE.—(*Le da la vuelta y se pone encima de ella. La besa en la boca a la fuerza. Ella se resiste.*) Venga, mujer, si sabes que te gusta.

MUJER 1.—¡Imbécil! No tienes sensibilidad.

(Se abrazan, se besan y hacen el amor. HOMBRE se mueve de manera agitada y convulsiva y acaba enseguida. Se aparta de ella, mientras respira agitadamente. MUJER 1 deja hacer sin mostrar entusiasmo. Cuando él ha acabado se queda mirando al techo con los brazos cruzados en el pecho.)

HOMBRE.—Ha estado bien, ¿eh?

MUJER 1.—¡Sí! ¡Para morirse de gusto! Eres todo un sentimental.

(HOMBRE se da la vuelta y se queda dormido. Pasa un minuto en que la escena permanece en silencio. MUJER 1 permanece recostada en el cabecero con los ojos abiertos. En un momento dado mira a HOMBRE fijamente.)

MUJER 1.—¡Desgraciado! (*Dice con rabia. Aparta la sábana, se coloca el camisón y se levanta. Se queda de pie al lado de la cama, mirando a HOMBRE.*) Solo soy para él su criada y un trozo de carne sin sentimientos que usa cuando le apetece. No tengo para él ni la categoría de puta, es aún peor todavía, ni tan siquiera me paga por mis servicios sexuales; ni me paga ni me da nada a cambio por mi actitud servil. (*Se va llorando a la cocina, que se ilumina al entrar. Saca comida de los armarios y la coloca sobre la mesa. Se*

sienta y come compulsivamente, sin cubierto. Come y llora.) ¡Soy una mierda! Estoy sola. ¡Hijo de puta! Para él no soy una persona. Podría vomitar encima de la televisión mientras ve un partido de fútbol y no se enteraría. Mis padres nunca me han querido porque no he sido la niña obediente que esperaban, esa que les iba a cuidar cuando llegaran a viejos. Mis compañeras de trabajo me desprecian y de mi pareja mejor no hablar. Yo mientras tanto, ¿qué hago?: comer y comer para llenar el vacío angustiante que me tiene atrapada y me empuja a la oscuridad. (*Sigue comiendo. Lloro. Le dan arcadas.*) Estoy hinchada. He comido demasiado. ¿Por qué lo hago? No consigo que mi vida cambie, que este cabrón me respete. Pero, ¿por qué va a hacerlo si yo misma no me respeto? ¡Tengo que vomitar! Debo limpiarme por dentro y restablecer el equilibrio. ¡No! No quiero repetir el ciclo. Esto tiene que terminar de una vez. Pero vomitar me relaja. Durante un rato me siento bien y hasta duermo mejor. ¡No! No voy a vomitar más. Aguantaré el dolor. Él será el testigo de mi humillación diaria como persona, como trabajadora y como esposa. El collar que llevo alrededor de mi cuello me asfixia. ¡No! ¡No! No voy a vomitar. No voy a callarme más. No voy a agachar la cabeza. O reviento o salgo definitivamente de este pozo. Puedo coger el cuchillo ahora mismo y acabar con todo, para siempre. Solo tengo que rasgar esta piel repudiada y dejar que el rojo de mi sangre ondee la bandera de mi liberación. También puedo matarle a él y al asqueroso de mi jefe y a la delegada sindical, la muy perra. Y cuando me detengan diré: «Sí, los he matado porque eran un cáncer que había que extirpar». No estaría mal. Supongo que pensarían que estoy loca. Todo el que se rebela es un antisocial, un indeseable, un irresponsable, un demente. (*Empieza a comer de nuevo.*) ¡No! (*Se levanta de la mesa y llora. Va al servicio, que se ilumina, se arrodilla ante la taza para vomitar.*) ¡No! Tengo que parar. (*Se mira en el*

espejo.) Parezco un sapo. Tengo los ojos hinchados de tanto llorar. Estoy demacrada.

¡Basta de lágrimas! (*Se lava la cara, se la seca y vuelve a la cocina. Mira el estropicio que ha provocado y se ríe. Le da una arcada y se tapa la boca. Se apoya sobre la mesa hasta que se recupera.*) ¡No! No voy a vomitar. No voy a hacer más daño a mi cuerpo; él, mi inteligencia y mi voluntad es lo único de valor que poseo. ¡Esto se ha acabado! (*Grita y da un golpe a la mesa. Se va hacia la habitación y se queda de pie delante de la cama. HOMBRE duerme.*) Me gustaría mirarme en un espejo y verme bien. No merece la pena. Este cabrón es mi espejo. Lo que él me hace a diario, sus humillaciones, es la imagen que reflejo. Estoy enferma de sumisión, a él, a mi jefe y a todas las figuras que yo he dotado de autoridad a lo largo de mi vida. Solo empezaré a ser libre si las dejo atrás, si me libero de ellas. Padres, maestros, sacerdotes, maridos, policías, militares, carceleros, ellos han consumido mi fuerza vital y me han hecho creer que mi valor reside en el sometimiento a sus normas y yo, estúpida de mí, les he creído. He construido mi orden mental, mi explicación del mundo, en base a unas consignas que han estado a punto de destruirme, ahora lo sé. (*Coge una maleta que hay debajo de la cama y la abre, mete algunas cosas dentro de ella, la cierra y comienza a vestirse. HOMBRE se despierta y se incorpora en la cama sin levantarse.*)

HOMBRE.—¿Qué demonios haces a estas horas levantada? (*Bosteza.*) Parece que solo te gusta joderme la vida.

MUJER 1.—¡Me voy!

HOMBRE.—¡Qué tonterías dices!

MUJER 1.—¿No me has oído bien? ¡Me voy!

HOMBRE.—¡Tú eres idiota!

MUJER 1.—¡Y tú un hijo de puta sin remedio!

HOMBRE.—¡No te pases que un día verás!

MUJER 1.—¿Me vas a pegar? No eres tan valiente con tus jefes, con los burócratas de tu sindicato o con los policías.

HOMBRE.—¡Qué lengua tienes! ¡Eres insoportable! Yo no he dicho eso. Estás en guerra permanente conmigo y con el mundo.

MUJER 1.—No creas que me extrañaría que me pegaras. Eres tan cabrón que solo te faltaría eso. Ahora bien, y te lo digo muy en serio, si se te ocurre tocarme te mato.

HOMBRE.—¡Qué estás diciendo! No te entiendo, nunca te he entendido. Todo es muy difícil contigo. ¿A dónde te vas?

MUJER 1.—No lo sé. Luego lo pensaré. Pero no aguanto vivir un minuto más en esta casa.

HOMBRE.—¿Qué le pasa a la casa? ¿De repente le has cogido manía?

MUJER 1.—No es la casa, el problema eres tú.

HOMBRE.—(Se ríe.) No me lo puedo creer. Ya decía tu padre, cuando te conocí, que había que atarte en corto, que estabas mal de la cabeza, y veo que tenía razón.

MUJER 1.—Ríete todo lo que quieras pero de lo que de mí

depende no vas a volver a verme más.

HOMBRE.—¡Qué desgracia más grande! ¿No creerás que te voy a echar de menos? Por mí puedes irte cuando quieras.

MUJER 1.—Hasta el final te vas a portar como un cabrón. Lo peor de todo esto es que probablemente otra como yo ocupará mi puesto y la tratarás igual. ¡Qué estúpidas somos las mujeres!

HOMBRE.—¡Desvarías! Todavía no te has ido y ya estás adivinando lo que voy a hacer. Me temo que una vez que salgas por esa puerta eso no va a ser de tu incumbencia. ¡Qué liberación! Voy a poder vivir con un poco de dignidad. No estás bien, no.

MUJER 1.—¡Desgraciado! Nunca he estado más lúcida en mi vida, nunca.

HOMBRE.—¡Somos una pareja! No te puedes ir así como así. Tenemos que hablar, aclarar las cosas. *(Se levanta de la cama y se acerca a ella.)*

(MUJER 1 coge la maleta y sale de la habitación hasta el centro de la escena. HOMBRE la sigue y le sujeta del brazo. Ella se suelta con un gesto brusco. Él desiste de volver a intentar cogerla.)

MUJER 1.—¿Ahora somos una pareja? Cuando me ignorabas, me despreciabas y me humillabas, ¿éramos también una pareja? ¿Acaso me has tratado alguna vez como tu igual? *(Guarda silencio unos segundos.)* Cuando te reías de mí porque no tengo estudios, ¿me respetabas como a tu pareja, como a tu compañera de viaje? *(Silencio corto.)*

¡Venga! He sido tu sirvienta, tu muñeca hinchable en la cama y tu madre cuando te deprimías. Como ves he sido muchas cosas para ti pero desde luego nunca una compañera.

HOMBRE.—He hecho lo que he podido.

MUJER 1.—¡Una mierda! Has hecho lo que has querido, lo que te ha convenido. Todos podemos elegir. Si me hubieras tenido el respeto que se debe tener a cualquier ser humano, no me habrías tratado de manera tan cruel y miserable.

HOMBRE.—Pero...

MUJER 1.—¡Ya no hay peros que valgan! Ni disculpas, ni perdones.

HOMBRE.—¡No tengo nada de qué disculparme! Lo hecho, hecho está.

MUJER 1.—¡Por supuesto! Faltaría más. Simplemente has reproducido lo que te han enseñado tus mayores. Yo no he sido capaz de hacerte ver que me hacías daño con tu conducta.

HOMBRE.—¿A dónde vas a ir?

MUJER 1.—No lo sé, te lo repito. Ignoro cuál es mi destino pero sí sé lo que no quiero. (*Sale de la escena.*)

TELÓN